

ANECDOTARIO MORAL

EL VICIO DE LOS TONTOS

Por el P. MIGUEL SELGA, S. J.

Presumo, Joven amigo, que aborreces este vicio; primero, porque no quieres aparecer manchado con ningún vicio: segundo, porque, de poseer este, quedarías automáticamente clasificado entre los tontos. En nuestro caso, el taxonomista es un experto en claudicaciones y perfecto conocedor de todas las aberraciones morales. De Niño Francisco María Voltaire cursa en las aulas de los Jesuitas, pero de Joven, tira la capa hacer burla sarcástica de Jesucristo y el Evangelio. A pesar de sus desvarios, Voltaire dejó escrito: "el ateísmo es el vicio de los tontos: es un error que ha sido inventado en las últimas sucursales del infierno. El ateísmo especulativo es la más necia de las locuras y el ateísmo práctico es el mayor de los crímenes." Desde Voltaire hasta nuestros días ha crecido enormemente el número de los tontos. En la época de Voltaire, los hombres decentes se avergonzaban de pasar por ateos: hoy, sobre todo, más arriba del paralelo 45, hácese alarde de ser sindiosista. Ateo es una voz de origen griego: sindiosista es una palabra de composición latina. ambas designan el mismo crimen de la voluntad y la misma locura del entendimiento. Niegan la existencia de Dios los que tienen por que temerle. Rousseau se metió una vez a predicador y dijo: "Mantened vuestra alma en estado de que no tenga que creer en Dios, y jamás dudéis de su existencia." Dudan del infierno, los que tienen ya un pie dentro del fuego. Acusán a la Iglesia de oscurantista, los que no saben de la misa la mitad, porque ni van a ella, ni oyen un sermón, ni leen jamás sino novelas pornográficas. Los sindiosistas son como los niptálopos hombres murciélagos del Brasil, que según dicen, abominan de la luz, porque sólo ven de noche: los sindiosistas son como ciertos insectos tetrápteros de los establos, que en terreno limpio no redondean sus bolas, ni hacen fortuna. Razón tenía Diderot, impío calificado, cuando dijo: "No puedo creer que haya materialistas o ateos de buena fe,"

porque esos sindiosistas llevan en la cabeza, aun no extinguida, la luz de Dios que resista a los vientos de la soberbia y a los sofismas de la razón infatuada, y en el corazón junto al feo gusano de la pasión que ceba el hombre, descubre el sindiosista la voz de la conciencia que le hecha en cara la fealdad le los crímenes. Por su ceguera y dureza propia no quieren los sindiosistas ser consecuentes y al Dios, creador y bienhechor, que no pueden menos de reconocer y temer, no quieren darle en la práctica el debido tributo de gratitud, amor y reverencia. Algunos se las echan de descreídos por la tontería epidémica de seguir la moda: otros por ser caballeros de reata, que van detrás de quien les conviene, y hacen lo que el ciego del cuento, jugando a las chapas. Cuando le decían es cara... o es cruz y él acertaba solía exclamar: lo creo, basta que lo digan los señores" cuando no acertaba, replicaba muy formal: "si no lo veo, no lo creo." Otros temen al vecino y, cuando viene la criada de Caifas a preguntarles si conocen a Cristo, responden con voz trémula: "No sé si existe." Otros imitan al mismo Pilato, en vender su fe a la política: de él dijo Quedo que se preciaba de gran político y afectaba la disimulación y la incredulidad, que son los dos ojos del ateísmo y así en oyendo nombrar a Cesar y que sería su enemigo, entregó a Cristo, probando que el más eficaz medio que hubo contra Dios fué la razón del estado. A otros polariza el brillo del oro, y de estos fué el apóstata Renán, a quien dieron cuatro millones de francos, por la Vida de Jesus, en que truncó la historia, falsificó los textos y manchó con su baba la historia evangélica. Muchos son sindiosistas, porque son empecatados, que, ya dijo Diderot, que el deseo de arrojar el freno hace más incrédulos que los sofismas o como lo declaró Diderot los ateos sólo lo son por entregarse sin trabas al vicio, o como lo expresó mil años atrás el genio de Agustín: "nadie niega a Dios, si no tiene interés en que Dios no exista."

Cualquiera que sea el motivo que induzca a los hijos de las tinieblas a profesar el ateísmo, es triste ver lo desconcertados que andan y las inconsecuencias en que incurren. No creen en Dios y... le odian y blasfeman. No creen en Dios y el día de la miseria piden limosna por el amor de Dios. Inconsecuencias de la vida—allá por los años de 1937 vivía en un lugarejo de la España roja una vecindona que quería ver fusilados a todos los frailes y monjas, pero luego cobijó a una monjita desconocida y compartió con ella su propio pan, para salvarla de la muerte. En una aldea, otra vecina que decía estar ya harta de Iglesias y de santos, cuando el hijo hubo de marchar al frente lo encomendaba a gritos a San Antonio, convencida de que el Satán se lo devolverá sano y salvo y sin tener en cuenta que el mismo bendito San Antonio había sido arrastrado por aquella criatura tan cariñosamente encomendada ahora a su valimiento. No creen en Dios los sindiosistas y, como dice mi amigo Selgas, agotan los límites de la credulidad, creyendo imposibles. No creen en Dios y exclaman con Voltaire: "Si, lo que es imposible, Dios no existiera, sería necesario inventarlo." Desorientados los que en su miopía no ven cómo los cielos extendidos cantan la gloria y majestad de Dios y en el amplio firmamento azul tachonado de estrellas resplandecientes no aciertan a ver el pregón de la obra del Supremo Hacedor. Más desdichados que el pobre ciego a quien le roban su palo y su perro dignos son de nuestra oración y compasión, que bien dijo el poeta cristiano.

Grandes tristezas hallé
En unos ojos sin luz:
Pero otras más grandes sé:
La de un corazón sin fé
La de una tumba sin cruz.